

Douglas Kennedy

EL DISCRETO ENCANTO
DE LA VIDA CONYUGAL

Traducción de Esther Roig

arpa

*Como siempre, este libro es para Grace, Max y Amelia.
Pero también es para Joseph Strick.*

«Unos, por el pecado, suben; otros, por la virtud, caen».

WILLIAM SHAKESPEARE, *Medida por medida*,

Acto 2, Escena 1

PRIMERA PARTE

1966-1973

I

Después de su arresto, mi padre se hizo famoso.

Era el año 1966 y mi padre (o John Winthrop Latham, como lo conocían todos menos su única hija) era el primer profesor de la Universidad de Vermont que hablaba en contra de la guerra de Vietnam. Aquella primavera, encabezó una protesta en el campus que acabó en una sentada frente al edificio de administración. Mi padre lideró a trescientos estudiantes que bloquearon de forma pacífica la entrada durante treinta y seis horas, paralizando así los asuntos ejecutivos de la universidad. Finalmente llamaron a la policía y a la guardia nacional. Los manifestantes se negaron a moverse, y mi padre salió en la televisión nacional cuando lo llevaban a rastras a la cárcel.

Fue un gran acontecimiento en su momento. Mi padre había sido el instigador de uno de los primeros grandes actos de desobediencia civil de los estudiantes en contra de la guerra, y la imagen de aquel solitario y venerable yanqui, con su americana de cheviot y su camisa Oxford azul perfectamente abotonada, llevado en volandas por un par de soldados del estado de Vermont, dio la vuelta al país en los telediaros.

—¡Tu padre es una pasada! —me decían todos en el instituto al día siguiente de su arresto.

Dos años después, cuando entré en la Universidad de Vermont, cada vez que mencionaba que era la hija del profesor Latham, obtenía la misma reacción.

—¡Tu padre es una pasada!

Y yo asentía sonriendo, un poco tensa, y decía:

—Sí, es el mejor.

No es que no adorase a mi padre. Siempre lo he adorado y siempre lo adoraré. Pero cuando tienes dieciocho años —como yo en 1969— e intentas crearte como sea una mínima identidad por ti misma, y resulta que tu padre es el Tom Paine* de tu pueblo y de tu facultad, es fácil que te sientas apabullada por su larga y virtuosa sombra.

Podría haber huido de su elevado perfil moral trasladándome a otra facultad. En lugar de irme, a la mitad de mi primer curso, hice lo siguiente mejor que podía hacer: me enamoré.

Dan Buchan no se parecía en nada a mi padre. Mi padre tenía todas las credenciales de un WASP (blanco, anglosajón y protestante) —Choate, Princeton y después Harvard para el doctorado— mientras que Dan era de una ciudad anodina del norte del estado de Nueva York llamada Glens Falls. Su padre era encargado de mantenimiento del departamento de enseñanza local, su difunta madre había tenido una tienda de manicura en la ciudad y Dan era el primer miembro de la familia que iba a la universidad y, por supuesto, a la Facultad de Medicina.

También era un chico tímido. Nunca monopolizaba una conversación, nunca se imponía en una situación. Pero sabía escuchar, siempre estaba más interesado en lo que el otro tenía que decir. Y su amable reticencia me pareció extrañamente atractiva. Era serio y, al contrario que los demás chicos que conocí en la facultad en aquella época, él sabía lo que quería. En nuestra segunda cita me dijo, mientras tomábamos una cerveza, que no pensaba introducirse en un campo tan ambicioso como la neurocirugía. Y tampoco tenía ningún interés por «esquivar su vocación» y elegir una especialidad solo para ganar dinero, como dermatología. No, él tenía pensado ser médico de cabecera.

—Quiero ser médico de pueblo y basta —dijo.

* Thomas Paine (1737-1809), abolicionista y defensor de los derechos humanos. (*N. de la T.*)

En el primer curso de medicina los estudiantes tenían trece horas de clase al día, y Dan estudiaba sin parar. El contraste entre nosotros no podría haber sido más evidente. Yo era estudiante de literatura, y pensaba ser profesora cuando me licenciara. Pero estábamos al principio de los setenta, y a menos que estuvieras metido en la esclavitud de estudiar medicina o derecho, lo último en lo que pensaba nadie era en «el futuro».

Dan tenía veinticuatro años cuando lo conocí, pero la diferencia de cinco años no era insalvable. Desde el principio, me gustó que pareciera más centrado y adulto que todos los chicos con quienes había salido antes.

Tampoco era que yo entendiera mucho de hombres. Había tenido un novio en el instituto, un chico llamado Jared, que era infantil, tenía sentido artístico y se le caía la baba conmigo, hasta que se fue a la Universidad de Chicago, y quedó claro que ninguno de los dos quería mantener una relación a distancia. Después, durante mi primer semestre en la facultad, tuve un breve flirteo con el ambiente *underground* cuando empecé a salir con Charlie. Como Jared, era muy tierno, muy leído, un buen conversador, y «creativo» (lo que, para Charlie, consistía en escribir una poesía en verdad indigesta, incluso para una muchachita impresionable de dieciocho años). Iba siempre colocado; era uno de esos chicos que se fumaban un porro con el café del desayuno. Al principio eso no me importaba, a pesar de que yo no participara. Sin embargo, visto en perspectiva, me hacía falta aquel breve contacto con las bacanales. Era 1969, y las bacanales estaban a la orden del día. Pero después de tres semanas soportando el colchón en el suelo del tugurio donde vivía Charlie —y sus monólogos cada día más pesados y obtusos procedentes del espacio sideral— llegó una noche en que lo encontré sentado con tres amigos, pasándose un porro mugriento mientras escuchaban a The Grateful Dead a todo volumen en el estéreo.

—Eh... —me dijo, y después de eso se calló. Cuando le pregunté, a gritos para hacerme oír, si quería salir a ver una película, solo repitió—: Eh. —Aunque siguió asintiendo con la cabeza con gesto de sabiduría, como si acabara de revelarme algún oscuro gran secreto kármico sobre los misterios ocultos de la vida.

No me quedé, sino que volví al campus y acabé tomándome una cerveza yo sola en la residencia, y consumiendo un paquete de cigarrillos Viceroy. Hacia el tercer cigarrillo, apareció Margy. Era mi mejor amiga; una listilla de Manhattan, flacucha y flexible, con una larga melena de pelo negro rizado. Había crecido en Central Park West y había ido a una buena escuela (Nightingale Bamford), y era superinteligente. Pero, según sus propias palabras, «la había cagado tanto cuando se trataba de estudiar» que había acabado en una universidad estatal de Vermont. «Y ni siquiera esquió».

—Pareces cabreada —dijo, sentándose; después sacó un Viceroy de mi paquete y lo encendió con una cerilla de una caja que había en la mesa—. ¿Noche loca con Charlie?

Me encogí de hombros.

—¿El habitual desfile de frikis en esa comuna suya? —preguntó.

—Ajá.

—Bueno, supongo que es tan mono que compensa...

Se calló a mitad de la frase, e inhaló a fondo el cigarrillo.

—Venga —dije—, acaba la frase.

Otra calada larga y pensativa al cigarrillo.

—Ese tío está colocado a todas horas del día. Y eso no lo ayuda mucho a hablar con palabras de más de una sílaba, ¿no crees?

Me eché a reír porque con su genuino estilo neoyorquino Margy había dado en el blanco. Era igual de despiadada con lo que consideraba sus propias limitaciones... y con el hecho de que, tres meses después de empezar el curso, aún siguiera sin novio.

—Todos los chicos son o pirados del esquí, que en mi diccionario es sinónimo de «puaf», o son unos colgados que han convertido su cerebro en un queso suizo.

—Oye, que no me voy a casar con él —dije a la defensiva.

—No me refería a tu míster Personalidad, guapa. Solo hacía una observación general.

—¿Crees que se hundiría si lo dejara?

—Oh, por favor. Creo que se liaría tres porros de esos que tanto le gustan, y se le habría pasado a la segunda calada.

Aun así tardé un par de semanas en cortar con él. No soporto disgustar a la gente y siempre quiero caerle bien a todo el mundo. Eso es algo sobre lo que mi madre, Dorothy, solía reprenderme, por-

que al ser también ella neoyorquina (y al ser mi madre), era igual de directa diciéndome lo que pensaba.

—Mira, no hace falta ser siempre miss Popularidad —me dijo en una ocasión, cuando yo empezaba en el instituto y me quejaba de no haber obtenido un puesto en el Consejo de Estudiantes—. Y que no encajes con las animadoras me parece estupendo. Porque ser inteligente es bueno.

—Una media de bien en el colegio no es ser inteligente —dije—, es ser mediocre.

—Yo tenía una media de bien en la escuela —dijo mamá—. Y me parecía normal. Y, como tú, solo tenía un par de amigas, y no pertenecía a las animadoras.

—Mamá, no había animadoras en tu escuela.

—Bueno, pues no pertenecía al equipo de ajedrez. Lo que quiero decir es que las chicas populares en el instituto suelen ser las menos interesantes... y siempre acaban casándose con ortodoncistas. Además, tu padre y yo no pensamos que seas una inadaptada. Al contrario, eres nuestra estrella.

—Ya lo sé—mentí.

Porque no me sentía como una estrella. Mi padre era una estrella, el gran héroe radical de facciones marcadas, y mi madre podía contar anécdotas de cuando salía con De Kooning y Johns y Rauschenberg y Pollock y todos esos señorones neoyorquinos de después de la guerra. Había expuesto en París, y hablaba francés, y enseñaba a tiempo parcial en el departamento de arte de la universidad, y se la veía condenadamente realizada y segura de sí misma. Mientras que yo no tenía ningún talento, y mucho menos la clase de pasión que impulsaba a mis padres en la vida.

—¿Quieres tomártelo con más calma? —decía mi madre—. Ni siquiera has empezado a vivir, ¿cómo vas a saber para lo que sirves?

Y a continuación se largaba a una reunión de los Artistas de Vermont Contra la Guerra, de la cual por supuesto era la portavoz.

Eso era típico de mi madre: siempre estaba ocupada. Y no era de las que intercambiaban recetas de cocina y hacían galletas para las exploradoras o cosían disfraces para los pajes de Navidad. De hecho, mi madre era la peor cocinera de todos los tiempos. No podía importarle menos que los espaguetis salieran de la cacerola a

medio cocer, o que los cereales del desayuno fueran un revoltijo de grumos. Por lo que respecta a las tareas domésticas... bueno, digamos que a partir de los trece años decidí que era más fácil hacerlo todo yo misma. Cambiaba las sábanas de todas las camas de la casa, hacia la colada para todos y pedía la compra de la semana. No me importaba coordinarlo todo. Me daba una sensación de responsabilidad. Y la verdad es que disfrutaba organizando.

—Te gusta jugar a las casitas, ¿eh? —me dijo mi madre en una ocasión en que me escapé unas horas de la facultad para limpiar la cocina.

—Oye, tendrías que estar agradecida de que alguien lo haga.

En cambio, nunca me pusieron toques de queda, ni me dijeron lo que tenía que ponerme, ni me obligaron a ordenar mi habitación. Pero quizás es porque no tuvieron que hacerlo. Nunca llegaba a casa tarde. Nunca me puse faldas de flores (prefería las minifaldas) y era muchísimo más ordenada que ellos.

Tampoco cuando empecé a fumar a los diecisiete pusieron el grito en el cielo.

—Leí en un artículo del *Atlantic* que podía ser causa de cáncer —dijo mi madre cuando me encontró fumando a hurtadillas en el porche de atrás de nuestra casa—. Pero son tus pulmones, hija.

Mis amigas me envidiaban por tener unos padres tan poco controladores. Se reían de sus ideas políticas radicales y de que nuestra casa de tablillas rojas de Nueva Inglaterra estuviera repleta de los estrambóticos cuadros abstractos de mi madre. Pero el precio que pagaba por esa libertad era el sarcasmo sin freno de mi madre.

—No parece una lumbrera —dijo mi madre al día siguiente de que mis padres conocieran a Charlie.

—Seguro que es algo pasajero —dijo mi padre.

—Eso espero.

—Todos necesitamos al menos un novio pasado de rosca —dijo sonriendo divertido a mi madre.

—De Kooning no era un pasado de rosca.

—Siempre estaba en la luna.

—No fue un novio. Solo duró dos semanas...

—Eh, por si no lo sabíais, estoy aquí —dije no muy sorprendida porque no me prestaran atención, pero bastante asombrada de que mi madre hubiera salido con Willem de Kooning.

—Lo sabemos, Hannah —dijo mi madre tan tranquila—. Es solo que por un minuto has dejado de ser el centro de la conversación.

Toma ya. Era típico de mi madre. Mi padre me guiñó el ojo, como diciendo: «No lo dice en serio, ya lo sabes». Pero la verdad es que sí lo decía en serio. Sin embargo, siendo como yo era una buena chica, no tuve un ataque de ira adolescente. Encajé el golpe, como siempre.

Cuando llegó el momento de fomentar mi independencia, mi madre me animó a elegir una universidad lejos de Burlington, y me hizo pasar un mal rato por ser tan casera cuando decidí matricularme en la Universidad de Vermont. Insistió en que durmiera en una residencia del campus.

—Ya va siendo hora de que te expulsemos del nido —dijo.

Una de las cosas que Margy y yo teníamos en común era un ambiente confuso, padres WASP y madres judías difíciles que siempre parecían encontrarnos defectuosas.

—Al menos tu madre sale de su guarida y hace cosas artísticas —decía Margy—. Para la mía, hacerse la manicura es un importante logro personal.

—¿Te preocupa a veces no llegar a ser buena en nada? —dije un día sin más.

—Más o menos siempre. Mi madre no deja de repetirme que se me educó para Vassar y he acabado en Vermont. Y yo sé que lo que hago mejor es fumar y vestirme como Janis Joplin... así que no se puede decir que sea precisamente La Que Rebosa Confianza En Sí Misma. Pero ¿tú qué quieres?

—A veces creo que mis padres me ven como un estado autónomo... y como una inmensa decepción.

—¿Te han dicho eso?

—De una forma directa, no. Pero sé que no soy lo que ellos considerarían un éxito.

—Oye, tienes dieciocho años. Se supone que tienes que ser un desastre... y no es que te esté insultando.

—Debería centrarme más.

Margy tosió y vació un pulmón de humo.

—Oh, por favor —dije.

Pero yo estaba decidida a hacer las cosas bien, a ganarme el interés de mis padres y a demostrarles que era una persona seria. Así

que, para empezar, me puse a estudiar en serio. Me quedaba en la biblioteca todas las noches hasta las diez, y hacía lecturas extras, sobre todo de las obras maestras de la literatura del siglo XIX. En la facultad leíamos a Dickens, a Thackeray, a Hawthorne, a Melville e incluso a George Eliot. Pero de todos los libros que leí aquel primer semestre del curso, el que me impresionó de verdad fue *Madame Bovary*, de Flaubert.

—Pero si es muy deprimente —dijo Margy.

—¿No se trata de eso? —pregunté—. Además, es deprimente porque es real.

—¿Tú le llamas real a esa estupidez romántica en la que está inmersa? A mí me parece una imbecilidad. Casarse con el más plomo, irse a vivir a una ciudad aburrida y después lanzarse en brazos de ese soldado guaperas, que solo la ve como un colchón.

—A mí me parece muy real. Además, la cuestión central de la novela es cómo alguien utiliza el amor como una forma de escapar del aburrimiento de la vida.

—Vaya novedad —dijo ella.

En cambio, a mi padre sí le interesó mi predilección por el libro. Estábamos celebrando uno de nuestros ocasionales almuerzos fuera del campus (por mucho que lo quisiera, preferiría que no me vieran almorzando con mi padre en la facultad), tomando sopa de almejas en un pequeño restaurante cercano a la universidad. Le conté lo mucho que me había gustado el libro, y que creía que Emma Bovary era «una auténtica víctima de la sociedad».

—¿En qué sentido? —preguntó.

—Bueno, la forma como se ve atrapada en una vida que no le gusta y cómo cree que enamorarse de otro le resolverá los problemas.

Él me sonrió y dijo:

—Eso está muy bien. Has dado en el clavo.

—Lo que no entiendo es por qué tenía que elegir suicidarse como forma de salida; por qué no se fugó a París o algo así.

—Porque tú estás viendo a Emma desde la perspectiva de una mujer estadounidense de finales de los sesenta, no como una mujer atrapada en las convenciones de su época. Has leído *La letra escarlata*, ¿verdad?

Asentí.

—Bueno, ahora podemos preguntarnos por qué Hester Prynne soportaba tener que circular por Boston con una enorme letra *A* en el pecho, y vivir con las constantes amenazas de los ancianos puritanos de arrebatarse a su hija. Podemos pensar: ¿por qué no cogía a su hija y se largaba a otra parte? Pero para ella la pregunta debía de ser: ¿adónde puedo ir? Para ella no había salida de su castigo, que casi consideraba su destino. Es lo mismo que le sucede a Emma. Ella sabe que, si huye a París, acabará, en el mejor de los casos, trabajando de modista o en algún otro empleo deprimente de pequeña burguesa, porque la sociedad del siglo XIX era muy despiadada con las mujeres casadas que huían de sus responsabilidades.

—¿Va a durar mucho la conferencia? —pregunté riéndome—. Porque tengo clase a las dos.

—Estoy leyendo al meollo —dijo papá con una sonrisa—. Y es que la felicidad personal no contaba para nada. Flaubert fue el primer gran novelista que comprendió que todos tenemos que asumir la prisión que nos creamos para nosotros mismos.

—¿Tú también, papá? —pregunté sorprendida de oírle admitir aquello.

Él sonrió con una de sus sonrisas tristonas y miró dentro de su plato de sopa.

—Todos nos aburrirnos de vez en cuando —dijo, y cambió de tema.

No era la primera vez que mi padre insinuaba que las cosas no iban tan de maravilla con mi madre. Yo sabía que se peleaban. Mi madre era una gritona de Brooklyn, y tendía a subirse por las paredes cuando algo la sacaba de quicio. Mi padre, fiel a sus raíces bostonianas, odiaba los enfrentamientos en público (a menos que supusieran multitudes adoradoras y el peligro de ser arrestado). De modo que en cuanto mi madre entraba en uno de sus estados de ánimo desquiciados, él corría a buscar refugio.

Cuando era pequeña, esas peleas me angustiaban. Pero con los años empecé a comprender que mis padres se llevaban bien en el fondo, que la suya era una relación extraña y volátil que, sin embargo, funcionaba, tal vez porque eran polos extremadamente opuestos. Y aunque es probable que me hubiera gustado estar más con ellos, algo que aprendí de su matrimonio a veces tempestuoso e in-

dividualista fue que dos personas no tienen que estar siempre juntas para hacer que una relación funcione. Sin embargo, cuando papá insinuó un cierto grado de aburrimiento doméstico me di cuenta de algo más: nunca se puede saber lo que pasa entre dos personas... solo se puede especular.

Tal como solo se puede especular sobre por qué una mujer como Emma Bovary creía que el amor sería la solución a todos sus problemas.

—Porque la inmensa mayoría de mujeres son idiotas, por eso —dijo mi madre cuando cometí el error de preguntarle su opinión sobre la novela de Flaubert—. ¿Y sabes por qué son idiotas? Porque ponen toda su fe en un hombre. Una estupidez. ¿Te enteras? Siempre.

—Yo no soy estúpida, mamá —dije.

—Ya lo veremos.